

PROVINCIALISMO, REGIONALISMO, NACIONALISMO:

Una mentalidad acumulativa en la crisis de la Independencia Hispanoamericana

MARIO HERNANDEZ SANCHEZ-BARBA
Universidad Complutense

I.—*Aproximación al concepto de mentalidad histórica.*

Uno de los más espectaculares avances conseguidos en la época contemporánea, consiste en la afirmación conceptual de que la Historia es, ante todo, una ciencia del conocimiento de la realidad humana comunitaria. Y que la preocupación básica del historiador no consiste en considerar el nacimiento de la ciencia ligado a la voluntad humana de dejar constancia de su actividad, sino un modo peculiar de comprender aquella realidad. Esa peculiaridad, la entendió G. Vico como *La Scienza Nuova* (1725), pero ciento cincuenta años después (1), todavía la imprecisión, la falta de coherencia y sentido crítico sobre su concepto y naturaleza, otorgan a la Historia un puesto marginal en un arco muy

(1) *Dictionnaire des sciences philosophiques* (par une société de professeurs et de savants, sous la direction de Ad. Franck, membre de l'Institut. Paris, 1875.

amplio de variables temáticas en el que los puestos claves lo ocupan la filosofía y la teología. Se aprecia la falta de bases explicativas sobre la realidad comunitaria del hombre; todavía pesará durante muchos años la influencia, sobre ella, de las dos claves señaladas. Así, por ejemplo, es notoria la influencia del gran sistema hegeliano sobre la Historia, por ejemplo en la «concepción trascendente» de Croce (2), que dominó las tres primeras décadas del siglo xx, a través de lo que ha sido denominado «humanismo teórico y absoluto» (3).

La importancia de la Historia —en cuanto disciplina autónoma, consagrada al análisis de la realidad humana comunitaria— la adquiere en frontera relacional con las ciencias humanas y sociales y, en consecuencia, muy recientemente. En primer lugar, porque en esa *frontera* los historiadores asumieron la conciencia de que la mayor dificultad de la ciencia que cultivaban consistía en utilizar caminos incómodos y difíciles, para sólo poder alcanzar una verdad siempre relativa. Por otra parte, esa *frontera* ha abierto, tanto para la información del historiador, cuanto en su capacidad de comprensión, nuevos y decisivos horizontes: la interdisciplinariedad, ha conducido al fundamental concepto de que el verdadero realismo consiste en saber que la realidad es múltiple y, añadiríamos, no inevitablemente organizada siempre del mismo modo. La Historia se ha convertido —y ahí podríamos aducir las impresionantes investigaciones llevadas a efecto por Braudel, bajo la denominación de «historia global»— en eje de

(2) B. Croce. «La storia como storia dell'universelle», en *Teoria e Storia delle Storiografie*, Bari, 1966 (1.^a ed. 1917), Cfr. R. Aron. *La philosophie critique de l'histoire*, Paris, 1969.

(3) En realidad, se trata de la ideología de la burguesía en ascenso, constituyendo la expresión de sus aspiraciones y la transferencia de la economía mercantil y capitalista a una nueva fórmula jurídica, que suponía la defensa de los intereses burgueses. Apud. L. Althusser. *Est-il simple d'être marxiste en philosophie?* Paris, 1970.

relación temporal de la realidad humana. Por otra parte, las constantes aportaciones de las nuevas generaciones de historiadores, al tiempo que producen la liberación de la Historia de sus atávicas servidumbres y dogmas anquilosados, otorgan a las diferentes especialidades un papel más destacado en el conocimiento de la realidad y consiguen proporcionar mejores y más decisivas ideas para la comprensión de los impulsos y motivaciones promotoras de los destinos individuales y colectivos. Si, como ha afirmado A. Toynbee (4), la historia interesa tanto en nuestra época es porque, a través suyo, se puede aprehender lo que significa para nosotros el presente y, sobre todo, lo que representa el futuro (5).

Ahora bien, ¿cuáles son los campos en los que puede producirse la aproximación a la realidad humana, sea individual o comunitaria? Obviamente, en primer lugar y antes que los datos o los hechos, está el *hombre*. Este ha sido el gran mérito de la escuela surgida en 1929, en torno a la Revista *Annales* y el más noble de los objetivos de sus dos eminentes fundadores, Lucien Febvre y Marc Bloch, que no han cesado de predicar en pro de una historia encarnada. Pero este hombre es el centro dinámico de *relaciones*. Siente la necesidad de establecer equilibrios propios de su condición humana, de modificar, crear, transformar, interpretar; se relaciona con el espacio, con la temporalidad, con la experiencia, en procesos de decisión, acción y pasión. Ello promueve una especial complejidad e intensidad al eje relacional y nos sitúa en presencia de categorías, niveles, núcleos de relación, actitudes individuales o comunitarias de la más diversa índole. En síntesis, pueden distinguirse tres dimensiones:

(4) A. Toynbee. *L'histoire*. Paris, 1975.

(5) La orientación de la Historia respecto al futuro, ha sido puesta de manifiesto por historiadores como Pierre Chaunu: *Storia e scienza del futuro*. Torino, 1977, o sociólogos como Daniel Bell: *The Coming of post-industrial society. A venture in Social Forecasting*. New York, 1975.

- La de los *sectores* (Historia política, Historia social, Historia de las Ideas, Historia económica, etc.).
- La de los niveles de *temporalidad*: evento, generación, estructura.
- La del *tercer nivel* o dimensión profunda de la Historia.

Esta última dimensión, constituye actualmente una atención preferente para los historiadores. Aunque no todos coinciden en la caracterización de su contenido y objetivos conceptuales (6), sí coinciden en poner de manifiesto la enorme importancia que reviste el acceso de las investigaciones históricas a ese tercer nivel para conseguir una reconstrucción muy próxima a la realidad. Adviértase que esta dimensión triple de la Historia no significa, como argumentan los que padecen de pereza intelectual reflexiva, ninguna ruptura de la unidad de la ciencia histórica. Tal supuesto carece completamente de fundamento, a no ser que se confunda Historia total con Historia totalitaria. La unidad de la Historia, científicamente hablando, no proviene de una metahistoria, sino, precisamente, de las tres dimensiones señaladas: los sectores de la Historia son emplazamientos especializados, cuyo respectivo objetivo consiste en establecer la articulación de los hechos, en torno al eje correspondiente a cada uno de los aspectos

(6) No se trata, como pretende Chaunu, de un mecanismo que, de la cuantificación, conduzca a la historia serial y que esta historia, sea el preconizado tercer nivel; esto significaría un escalón cuyo acceso sería, inevitablemente, la historia económica. Personalmente, estoy más de acuerdo con F. Mauro, que considera este tercer nivel una nueva dimensión de la Historia, no contenida por las otras dimensiones, sino considerada como absolutamente peculiar, como una verdadera teoría del conocimiento. Apud. Pierre Chaunu: *Histoire Science Social*. Paris, Sedes, 1974; Frederic Mauro: *L'Amerique espagnole et portugaise de 1920 a nos jours*. Paris, 1975, PUF.

de la actividad humana. La unidad proviene del esfuerzo interdisciplinario, en razón al ámbito espacial o epocal al que se aplique. Por su parte, los *niveles* históricos, constituyen sectores de temporalidad —es decir, del tiempo histórico o tiempo trascendido por la creación humana, en cualquiera de sus posibilidades— y, en consecuencia, suponen diversas posibilidades de aplicación a cada uno de los sectores o al tratamiento interdisciplinario global. El tercer nivel, aproxima el conocimiento histórico a los horizontes de lo afectivo, lo institucional, lo mental, ofreciendo las dimensiones espirituales de relación humana, sociales, internacionales, etc.

Pues bien, este tercer nivel, integrador de la visión interdisciplinar, raigal e integral del hombre histórico, constituye una verdadera teoría del conocimiento. El conocimiento histórico, no se desinteresa por ningún aspecto de la realidad. Siente tanto interés por los instrumentos de labranza, en el plano *sectorial*, como por la *temporalidad* en su uso y en su vigencia, cuanto por las reacciones *mentales* que haya suscitado. La unidad es el hombre, los hombres; la comprensión de esa unidad, tiene que ser, debe de ser, interdisciplinar. La precisión de los caracteres específicos que son característicos de la realidad, corresponde a los métodos peculiares de cada dimensión histórica. Por ejemplo, un factor demográfico, como puede ser la «edad matrimonial», en una sociedad cualquiera. Es evidente que, sectorialmente, debe ser estudiado en toda su amplitud de manifestación, por la Historia demográfica; temporalmente, en su dimensión estructural; mentalmente, es decir, en el tercer nivel de la historia, en razón a las funciones intelectuales, espirituales, sociales y afectivas que lo influyen, en cada una de las fases de su proceso de manifestación. Esa unidad total, se confunde con la caracterización del objeto del conocimiento histórico, para atribuir el sentido o significado del conjunto. Tal sentido, resulta evidente que no puede conseguirse mediante la simple «cuantificación», aunque sea para tra-

tar de encontrar en ella los «rasgos esenciales». Ni tampoco —muchísimo menos— por la «yuxtaposición», que es una forma oscura y mediocre de abdicación histórica. Las consecuencias de tales métodos llevarían a proporcionar una interpretación que está muy lejos de otorgar una significativa comprensión, objetivo este último de la más alta nobleza para el historiador.

La *mentalidad* es un objetivo de conocimiento del tercer nivel. Se trata de un concepto ya viejo en la historiografía francesa (7), aunque prácticamente carente de acuerdo conceptual; muy poco o nada aplicado en las investigaciones históricas españolas e iberoamericanas, cuya especialidad es, a mi entender, altamente propicia para el estudio y aplicación de esta Historia de tercer nivel. Resulta claro, de lo que ha sido expuesto con anterioridad, que la historia de las mentalidades no constituye un área específica y peculiar de exclusiva referencia a un determinado sector de la primera dimensión. Su ámbito de referencia posible es universal: es posible investigarlo, tanto en niveles religiosos, políticos o económicos; su ámbito temporal es el de las series históricas complejas y extensas: es decir, bajo predominio de la «simultaneidad» y su contrapartida, que es la «sucesión»; la discontinuidad, en cuanto vigencia de la sucesión; en fin, la «uniformidad», el «paralelismo», la «vigencia del ahora», etc. Por último, su contenido es el de lo afectivo, los comportamientos, las actitudes conscientes e inconscientes. Las vías intelectuales o especialidades históricas, a través de las cuales se ha ido configurando el concepto básico de *mentalidad*, han sido, fundamentalmente: la psíquica, la social y, más recientemente, la historia de las relaciones internacionales. Es obvio que aquí sólo se pretende señalar los aspectos más sobresalientes que,

(7) Citemos, como obras más significativas, las de Gaston Bouthoul: *Les mentalités*. Paris, 1952, PUF, y Georges Duby: «Histoire des mentalités» en *L'Histoire et ses méthodes*, Encyclopedie de la Pléiade, Paris, 1961, Gallimard.

cada una de estas vías, han aportado para la formación y asentamiento del concepto histórico que nos ocupa. Precisamente, asumiendo la multiplicidad de tales vías, es posible comprender el sentido de la historia que, en cuanto teoría del conocimiento del hombre, aprovecha todas las posibilidades para comprender los *comportamientos* (actitudes psíquico-afectivas), las *coherencias* (tendencias grupales o asociativas) y los *contrastes* (en razón a las relaciones internacionales) como fórmulas caracterizadoras de las actitudes mentales individuales o comunitarias, que han alcanzado *sentido operativo y creador en la realidad histórica*. La vía psicológica, ha sido una constante permanente del historiador, que en el siglo XVIII puso por primera vez de manifiesto Voltaire, al analizar la idea de progreso, comprobando la distinta actitud psicológica del hombre en cada época, respecto a dicho concepto. Durante el siglo XX la idea del «consciente colectivo», lanzada por Durkheim, produjo el comienzo de utilización de la palabra «mentalidad», sobre la cual llovieron las interpretaciones de los filósofos hasta concluir en su caracterización, como un modo de pensar o una representación del mundo, prevaleciente en una sociedad. En 1928 (8) fue lanzado el desafío a los historiadores: resultaba necesario establecer los modos universales para determinar el pensar, sentir y actuar colectivo en los grupos, sociedades, economías, religiones, etc. La respuesta al desafío la dio Lucien Febvre (9), quien llevó a efecto importantes precisiones, que pueden considerarse directrices básicas para el análisis de las mentalidades históricas. Ello explica la importante aportación de la historiografía francesa,

(8) Charles Blondel. *Introduction a la psychologie collective*. Paris, 1928.

(9) Lucien Febvre, «La Psychologie et l'histoire» (1938), vol. VIII de la *Encyclopedie française*; «La Sensibilité dans l'histoire», *Annales*; ambos artículos han sido reproducidos en *Combats pour l'histoire*. Paris, 1953.

en cantidad y calidad, a la historia de las mentalidades. Debemos añadir y tener en cuenta los notables patrimonios que, al mismo objeto, han sido hechos por los psicólogos sociales norteamericanos y la moderna escuela de la psico-historia que, al prescindir de otros ritmos y situaciones y, sobre todo, al ignorar el plazo temporal largo, se evade del objetivo básico de las modificaciones o transformaciones que engendran.

La segunda vía intelectual, cuya aportación ha resultado importante para la configuración del concepto de mentalidad, ha sido la sociología. Esta ciencia, considera la mentalidad como el elemento más irreducible del conocimiento sociológico, en cuanto constituye la síntesis dinámica y viva de cada sociedad, que *determina* los comportamientos y los pensamientos de sus componentes, gobierna sus creaciones y, opina que, en relación con ella, se plantean los problemas y las preocupaciones de los individuos que constituyen la sociedad. Este profundo determinismo sociológico, ha sido considerablemente modificado, precisamente, como consecuencia de los principios de indeterminación o discontinuidad social, que en sus investigaciones han puesto de manifiesto los historiadores (10).

La más reciente y acaso más importante aportación para el estudio de los problemas del tercer nivel, ha radicado en la Historia de las Relaciones Internacionales, de Renouvin y Duroselle (11), cuyos primeros objetivos han sido: estudiar la mentalidad de los pueblos, la concepción que tengan acerca de su interés nacional o del papel que puedan jugar en el mundo y, por último, comprender las condiciones que expliquen la formación de semejante estado de espíritu. Los objetivos

(10) Cfr. Fernand Braudel. «Historia y Sociología», en *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid, 1968, Alianza Editorial.

(11) Cfr. P. Renouvin. *L'Histoire contemporaine des relations internationales. Orientation de recherches* (1954) y P. Renouvin y J. B. Duroselle: *Introduction a l'histoire des relations internationales*. Paris, 1964.

de investigación de esta importante corriente histórica, tratan de discernir las fuerzas profundas que orientan la acción de los hombres de Estado: económicas, sociales, políticas, tratando de establecerlas y comprenderlas en el plano de la afectividad, de la sensibilidad nacional.

Todas estas vías, coinciden en señalar la característica de contenido más decisivo de la mentalidad, como una actitud de comportamiento activo (acción) en cuanto respuesta ante una situación que, en la medida en que ofrezca una carga de intencionalidad, entra en el juego de experiencia-posibilidad y concluye en un comportamiento inteligente; en definitiva, es responsable de la creación de un espacio inteligente en el cual lógicamente, cabe históricamente, la coincidencia con otras personas, las aportaciones enriquecedoras, transformadoras, etc. Se trata, en definitiva, de una *reacción individual respecto a una situación real*. En la medida en que diversas individualidades coincidan en esa reacción, respecto a los mismos estímulos, se han de producir co-incidencias de identificación: en ese espacio se origina una *mentalidad*. En principio, tales supuestos objetivos —dados los tres sectores de la realidad vital, social e ideal— pueden tener una triple posibilidad de referencia situacional y, en consecuencia, originar un triple nivel de mentalidades: el que se refiere a *situaciones vitales*, que origina mentalidades de base antropológica, como podría ser, por ejemplo, una moda, una costumbre, un hábito sexual, la configuración de un sistema patriarcal, etc. En segundo término, las referidas a *situaciones sociales*, promotoras de mentalidades sociales de mucha mayor complejidad, y con referencia tanto a sistemas de estructuras, como a caracterización intelectual, psíquica y social de individuos, grupos, sectores y unidades de civilización; en este nivel, las mentalidades se producen tanto por «afinidad» cuanto como consecuencia de «contrastes», entre factores religiosos, políticos, económicos, culturales, etc. Un tercer nivel de mentalidades, de enorme riqueza e

importancia, es el que se refiere a las *situaciones ideales*, fuertemente objetivadas, pues trascienden tanto el mero campo de las relaciones inter-humanas, cuanto, incluso, el límite del tiempo histórico, para constituir las verdaderas *fuerzas profundas* de la realidad histórica. Aun cuando resulta imposible la separación entre sí de estos tres niveles, dado que la relación entre todos ellos es continua y subsidiariamente interdependiente, no cabe duda que en el tercero de los horizontes señalados es en el que cabe llevar a efecto la investigación de los contenidos específicos de la mentalidad histórica, cuya variedad es prácticamente infinita, de acuerdo con la riqueza de contenido del mundo histórico (12) que la circunscribe. Sin ánimo exhaustivo, como simple muestra de la enorme riqueza de posibilidades, ofrecemos los siguientes ejemplos de mentalidades cuya investigación implica nuevas aperturas de análisis histórico: mentalidades derivadas de condicionantes demográficos; de sistemas financieros competitivos, coercitivos, agresivos o de «entente»; de sistemas culturales y afectivos, tales como mentalidades pacifistas, belicistas, estratégicas, nacionalistas; derivados de «intereses» nacionales, etc.

II.—*En los orígenes del sentimiento nacionalista hispanoamericano: los factores de arraigo.*

En muchas oportunidades he repetido que el mundo histórico hispanoamericano presenta unos caracteres de alta originalidad y profunda peculiaridad, irrepetibles en los procesos de la expansión europea, y caracte-

(12) Sobre tal cuestión son básicas las obras de N. Hartmann: *Ontología* (ed. española del Fondo de Cultura Económica, trad. de José Gaos, México, 1954, seis vols. y la de Jorge Pérez Ballestar: *Fenomenología de lo histórico. Una elaboración categorial a propósito del cambio histórico*. Barcelona, 1955, CSIC.

rizadores de supuestos sociales, políticos y culturales que ofrecen una imagen única en el mundo occidental. En este sentido deseo llamar la atención acerca de una línea de acción histórica hispanoamericana, de la cual deriva una importantísima fuerza de integración continental, en cuyo seno, paradójicamente, surgen las tendencias motivadoras del singular y pluriverso nacionalismo hispanoamericano. El objetivo que se pretende —dentro de la limitación que impone la extensión del presente artículo— es una aproximación reflexiva a los orígenes del sentimiento nacionalista americano, en su vertiente hispánica, mediante la consideración de las fases formativas —en todos los niveles de manifestación— de la mentalidad telúrica que considero característica de dicho importante fenómeno.

En primer lugar, resulta importante la advertencia de que el tipo de proceso condicionante de la situación histórica se caracteriza por ser serial, discontinuo e indiscernible fenomenológicamente. Se trata de un proceso de cambio histórico (13), al que, historiográficamente, se le ha asignado la denominación de «Independencia». Recientemente, he tenido ocasión de discutir y perfilar el significado global y particular de su contenido (14), distinguiendo nítidamente la fase de «emancipación» de la de «independencia», por medio del estudio de sus respectivos componentes y límites históricos. En una elaboración categorial, relacionada con el problema del cambio histórico, la denominación que cuadra a esa época de discontinuidad es la de *crisis histórica*, que es aquella en la cual se produce, según

(13) El pensador crítico español Jorge Pérez Ballestar, cit. en la n. 12, ha sido quien ha efectuado una mayor profundización sobre estos aspectos, en un análisis, cit. supra, de fundamental importancia.

(14) Mario Hernández Sánchez-Barba. *Historia de América*. Madrid, 1981, Alhambra, tres vols. y, del mismo autor, «Bases ideológicas y sociales de la Emancipación», vol. XXXI-2 de la *Historia de España*, de Espasa Calpe, dirigida por José María Jover.

Pérez Ballestar (15), la fragmentación del «ideal existencial» como consecuencia de la acción de una «perturbación personal». Ese ideal existencial, polarizador de la situación histórica, aunque fragmentado en sus componentes, continúa funcionando transitivamente, pero produce una anomalía de alta significación, que consiste en que el «mundo histórico», en razón a la espontaneidad que llamamos «libertad», se polariza en torno a cada una de las fracciones resultantes del ideal existencial fragmentado.

¿Cuál es la relación de estos sujetos teóricos con la realidad histórica a la que nos referimos? El «ideal existencial» prevaleciente en la sociedad americana radica, como ha demostrado de un modo brillante e incontestable para Chile, Meza Villalobos (16), es la *Monarchia Hispánica*, elemento aglutinador de honda coherencia, sobre todo a través de las instituciones que la componen, tanto los órganos centrales de gobierno cuanto, sobre todo, los órganos territoriales. La «perturbación personal», viene dada por el espíritu criollo (17), que alcanzó su plenitud entre 1770 y 1845 y cuya manifestación cultural más eminente vino dada por el sentimiento de peculiaridad y de arraigo con la tierra, que ha sido denominado con justeza sentimiento telúrico, promovido básicamente por el humanismo jesuítico, en el cual se forja su ideología. La manifestación más relevante de la «fragmentación» radicó, indudablemente, en razones de espacio, tales como distancias, institucionalización, territorialización, de las cuales derivan funciones (18) de gran peculiaridad. Esta

(15) Jorge Pérez Ballestar. «Ideas para una ordenación metódica de la Historiografía», *Estudios de Historia Moderna*, III. Barcelona, 1953, pp. 3-24.

(16) Néstor Meza Villalobos. *La conciencia política chilena durante la Monarquía*. Santiago, 1958. Ed. Universitaria.

(17) J. Pérez, B. Lavalle, M. Birckel y otros. *Esprit créole et conscience nationale*. Bordeaux, 1980, CNRS.

(18) John Friedmann y Clyde Weaver. *Territory and Function. The evolution of Region Planning*. London, 1979.

realidad puede apreciarse nítidamente en la primera recapitulación histórica de la independencia, que publicó en 1829 Mariano Torrente (19) y cuya percepción histórica se extiende entre 1805 y el mismo año de su publicación, procediendo al análisis de los sucesos, en cada uno de los núcleos o centros urbanos en que se produjeron.

Desde el punto de vista del proceso temporal en el cual ocurrió la crisis histórica a la que me estoy refiriendo, conviene destacar y tener muy presente que se extiende en el tiempo real entre 1770 y 1845, abarcando, por consiguiente, tres tiempos generacionales: 1770/1795, 1795/1820 y 1820/1845. Cada una de estas tres generaciones, ofrecen —ante todo, como consecuencia del carácter ya señalado de la época, serial, discontinua e indiscernible categorialmente— caracteres muy distintivos en las funciones de sus estructuras históricas, según el cuadro siguiente:

ESTRUCTURA HISTORICA	FUNCIONES HISTORICAS		
	1770/1795	1795/1820	1820/1845
POLITICA	Nacionalismo ilustrado	Constitucionalismo liberal	Autoritarismo conservador
IDEOLOGICA	Reformismo	Radicalismo	Caciquismo oligárquico
ECONOMICA	Monopolio Cooperación	Fisiocratismo	Liberalismo inductivo
SOCIAL	Burocracia Fuero	Comerciante	Comerciante Hacendado
CULTURAL	Ilustración	Neoclasicismo	Romanticismo
MENTALIDAD	«PROVINCIANA»	«REGIONALISTA»	«NACIONALISTA»

(19) Mariano Torrente. *Historia general de la Revolución moder-*

Cada uno de los tiempos generacionales —teniendo siempre muy en cuenta la idea de *fragmentación* sobre el «ideal existencial»— se caracteriza por una serie de funciones históricas que, en el tercer nivel, en la profundidad histórica, se manifiesta en una mentalidad coherente, cuya base de asentamiento es territorial, no en cuanto a un estricto supuesto geo-económico, sino en razón a actitudes humanas producidas como consecuencia de las funciones respectivamente predominantes en las estructuras históricas correspondientes a cada generación que, desde la realidad del criollismo, se define como una actitud comunitaria capaz de una reacción de identificación mental respecto a las funciones predominantes, aunque con un sentido categorialmente indiscernible. Cada uno de los tiempos generacionales corresponde, sin duda, a una *mentalidad* que, en la continuidad histórica hispanoamericana, resulta acumulativa y, en consecuencia, otorga al nacionalismo caracteres de alta peculiaridad, tanto en lo relativo a la coexistencia de funciones cuanto, sobre todo, a capacidades de caracterización social. El interés de este apunte crítico consiste, básicamente, en la aportación de algunos puntos de reflexión relativos a la importante cuestión de la aparición en Hispanoamérica del sentimiento nacional, entendido como solidaridad, cultura e identidad de reacción, por más que cada uno de los focos disgregados ofrezca soluciones que pueden considerarse, de hecho, particulares, aunque pertenezcan, globalmente, al mismo fenómeno de fondo. De ese modo, creo que puede explicarse, algo más que con palabras, el fondo de conciencia hispanoamericana de pertenencia a una comunidad con cimientos propios. En el caso de la América de cultura ibérica es posible, precisamente, por las bases comunes de tradición social, ordenamiento jurídico, participación política, coin-

na hispano-americana. Madrid, 1829, Imprenta de León Amarita, tres vols.

ciencia económica, etc., que durante la época española cristalizó en frecuentes e importantes identificaciones intelectuales (20). El nacimiento de la conciencia nacional —especialmente cuando, como en el caso hispanoamericano, se produce como consecuencia de una acumulación intensificativa, aferrada a la condición de arraigo— supone la caracterización efectiva de una civilización, en razón a iniciativas intelectuales, desarrollo de una literatura, difusión de ideas comunes a través de sistemas educativos.

Intelectualmente, la civilización ha sido caracterizada como un campo histórico extremadamente complejo (21) en cuanto integra infinitas historias sectoriales; pero, al mismo tiempo, supone un primer plano de verdades, que tiende a identificarse con la realidad y a plantear explicaciones profundas, tanto de reacciones intelectuales como sociales. Es decir, algo de cierta semejanza con lo que, anteriormente, hemos entendido como concepto clave de mentalidad. A ésta se llega como consecuencia de la «interacción» de funciones en el «tiempo» (que es donde radica la variabilidad temporal) hasta alcanzar la «consistencia», es decir, la formalidad de la realidad histórica. El problema consiste en concretar cuáles son las posibilidades de acceder al conocimiento intelectual de tales realidades formalizadas, por la vía más oportuna de investigación, pues sobre ellas pesa la inconsistencia de la abstracción. La «consistencia» —es decir, la coherencia, estabilidad y resistencia a la erosión del tiempo y de la acción humana— se alcanza, en definitiva, recorriendo un específico trayecto temporal, durante el cual, la condición fundamental consiste en la interacción de todas

(20) Mario Hernández Sánchez-Barba. *Historia y Literatura de Hispanoamérica, 1492-1820 (La versión intelectual de una experiencia)*. Madrid, 1978, Castalia.

(21) F. Braudel. «L'apport de l'Histoire des Civilisations», *Encyclopedie Française*, tomo XX, Le Monde en devenir, 1959 y *Las Civilizaciones actuales*. Madrid, 1975, Tecnos.

las funciones que constituyen la «situación». Pues bien, durante el tramo temporal que ha quedado anteriormente señalado —1770/1845— se produjo en el mundo histórico hispanoamericano, a través de tres generaciones sucesivas, la inferencia acumulativa de una serie de reacciones comunitarias del espíritu criollo, a las que denomino, respectivamente, «provincialismo», «regionalismo» y «nacionalismo», a través de los cuales se produjo la cristalización comunitaria de un sentimiento de solidaridad; al tiempo que supuso la manifestación de la fragmentación producida en el «ideal existencial», originando la crisis histórica. En éste aspecto, pues, el espíritu criollo ofrece, según el criterio que aquí se expone, tres etapas en la exteriorización del sentimiento comunitario que podemos considerar nacionalista. Cada una de estas tres etapas debe ponerse en relación explicativa con los condicionantes de la época, los factores específicos del espacio y las funciones experienciales predominantes en cada estructura histórica.

Del «provincialismo», resulta una reacción psicológica y afectiva que es el *provincianismo*, que acaso alcanza una máxima cota de manifestación en tiempos de reforma. En ellos surge, inevitablemente, la comparación entre la iniciativa decisoria reformista y la recepción pasiva del resultado de la reforma, entre los poderes centrales y los periféricos o provinciales. En tales ocasiones, aparece el uso de los términos comparativos «mejor que», «igual que», «peor que», etc., como efectivamente ocurrió en el Imperio romano, según apreció con enorme nitidez Menéndez Pidal (22), en el juicio de Aurelio Víctor, cuando en su *Historia de los Césares* sugirió la idea de que los emperadores extranjeros fueron mejores que los nacidos en Roma o

(22) Ramón Menéndez Pidal. «Hispania provincia del Imperio romano. Su personalidad», en *España y su Historia*, I, Madrid, 1957, Minotauro, pp. 133 y sgtes.

en Italia. Al lado de la adhesión leal al pueblo romano, revelado en los elogios del griego Elio Arístides, del español Aurelio Prudencio Clemente, del africano Agustín o del galo Damaciano, existía en el siglo IV una poderosa corriente de opinión en el Imperio romano, que ensalzaba a los césares hispanos o a los ilirios respecto a los itálicos, afirmando de un modo radical la superioridad de los provincianos. El mismo sentimiento es fácil detectarlo, posteriormente, en el seno del Imperio islámico, cristalizado en la doctrina denominada *xoubismo*, que proclamaba la superioridad mental e intelectual de musulmanes persas, indios o andaluces, sobre los árabes dominadores y configuradores de una aristocracia de poder. La misma efusión que se produjo en la América española como efecto de la afirmación de la cultura barroca, promovida en lo esencial por el humanismo jesuítico, en el cual se formó el sentimiento criollo (23), hasta alcanzar su más agresiva e hiriente intensidad, precisamente después de la expulsión de los jesuitas y sus más altas y decisivas cotas en la generación 1770/1795 al calor de los efectos de la reforma administrativa, instrumentada, de modo especial, durante el reinado de Carlos III (24); quizá pudiese apreciarse una similitud en la configuración del nacionalismo norteamericano (24 bis) o en los acontecimientos de la guerra anglo-boer, en Africa del Sur (25). El desarrollo del provincianismo, o bien se produce como consecuencia de un intento de imitación de los modelos

(23) Mario Hernández Sánchez-Barba, op. cit. (1978).

(24) Mario Hernández Sánchez-Barba. «El bicentenario de 1776: América y la estrategia de seguridad atlántica en el reformismo español», *Revista de la Universidad Complutense*, vol. XXVI, núm. 107, enero-marzo, 1977.

(24 bis) Richard L. Merritt. *Symbols of American Community, 1735-1775*, Westport, Conn., 1966, Yale Univ.; Gary B. Nass: *The urban Crucible. Social change, political Consciousness and the Origins of the American revolution*, Cambridge, Mass., 1979, Harvard Univ. Press.

(25) Thomas Pakenham. *The Boer War*. New York, 1979, Random House.

vitales, sociales e ideales del núcleo central, o bien como una reacción de signo ideológico, cuando las creaciones surgidas de la esfera dominadora alcanzan una cota que se considera excesiva o insuficiente, y aparece entonces la sociedad arraigada, como la única capaz de ofrecer nuevas posibilidades o derroteros. Por ello, la estructura administrativa origina actitudes humanas, sociales y mentales, que pueden convertirse en característicamente provincianas, como, por ejemplo, tensiones defensivas en relación con preeminencias sociales, deseos de alcanzar privilegios o fueros profesionales, como ocurre respecto al eclesiástico, el militar o el burocrático. Tales tendencias resultan fácilmente apreciables en sociedades provincianas americanas de la época que estudiamos, como por ejemplo la sociedad de plantadores de Caracas (26), la sociedad de comerciantes de Buenos Aires (27), la aristocracia limeña (28) o la presencia de los poderosos estamentos eclesiástico, militar o de comerciantes mexicanos (29).

En consecuencia, la caracterización del *provincianismo* en el espíritu criollo, debe plantearse como una investigación de índole antropológico social, en el sentido de descubrir el conocimiento y análisis de las funciones, mediante el método comparativo (30), que permita establecer procesos de diferenciaciones sociales, problemas de sexo, matrimonio, familia, parentes-

(26) Miguel Izard. *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela (1777-1830)*. Madrid, 1979, Tecnos.

(27) Susan M. Socolow. *The merchants of Buenos Aires. 1778-1810. Family and Commerce*. Cambridge, 1978, Univ. Press.

(28) José de la Puente Candamo. *Notas sobre la causa de la Independencia del Perú*. Lima, 1970; J. P. Moore: *The Cabildo in Peru under the Bourbons*. Durham, N. C., 1966; Fisher: *Government and Society in colonial Peru*.

(29) Resultan sumamente importantes las obras de L. N. Mc. Alister: *The «Fuero Militar» in New Spain*. Gainesville, 1957 y de su discípulo Christon Archer: *The Army in Bourbon Mexico*. New Mexico, 1978, Univ. Press.

(30) Lucy Mair. *An introduction to social Anthropology*. Oxford Univ. Press., 1965.

co, descendencia, formulaciones políticas sin Estado, organización de producción, trabajo, intercambio de mercancías, religión, sistemas de creencias, etc. En definitiva, la mentalidad provinciana se caracteriza, institucionalmente, por la preeminencia de los Cabildos como focos de acción política (31), el desquiciamiento de la Inquisición (32), la introducción de los principios racionalistas a través de sistemas educativos de base feijoniana y, desde luego, por la intensificación de problemas de adecuación al modo de vida local (ciudad, villa, aldea, etc.), lo cual se aprecia de un modo particular en las Actas de los Cabildos, que constituyen fuentes históricas inapreciables para aproximarse a los niveles de opinión pública provincianas. En la literatura se aprecia la acentuación de los textos satíricos y críticos (33), el desarrollo de la exaltación de los frutos de la Naturaleza y, de modo especial, un verdadero torrente de historiografía de signo y problemática localista.

Por su parte, el *regionalismo*, consiste en la racionalización económica en relación con el espacio geográfico y sus caracteres, la relación con el grado de concentración o dispersión de los contingentes humanos y, de modo eminente, los condicionantes estratégicos. Esta densa serie de factores conduce a lo que Braudel ha denominado la «individuación» del espacio, entendido en cuanto temporalidad larga como persistencia; en el tiempo medio —es decir, generacional—

(31) La bibliografía en este sentido es extraordinariamente extensa, aunque escasamente sistematizada, de modo especial como consecuencia de la escasa utilización de las Actas de los Cabildos. La obra de conjunto más importante continúa siendo la de Constantino Bayle, S. J.: *Los Cabildos seculares en la América española*. Madrid, 1952, Sapiencia.

(32) Monalisa Pérez-Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición*. México, 1945.

(33) José Miranda y Pablo González Casanova, *Sátira anónima del siglo XVIII*. México, 1953.

de la tendencia como peculiaridad. Efectivamente, la discontinuidad de la generación provinciana (1770-1795), cuyos caracteres externos acabamos de describir, origina la acumulación significativa en la siguiente (1795-1820), sobre todo de los efectos administrativos supuestos por el establecimiento de las Intendencias. La Intendencia americana se identificó claramente con la región económica (34), pues en cuanto modelo racional de gobierno territorial supuso una atención muy poderosa respecto al objetivo, básico en la reforma administrativa delineada por los ministros nacionalistas de Carlos III, de conseguir el crecimiento económico ordenado y metódico de cada región americana. Los criollos encontraron por su parte, en la Intendencia, un instrumento de enorme importancia para el desarrollo de sus intereses, así como para la diferenciación de los mercados de producción y de consumo, que ya en los momentos iniciales de la Independencia era un objetivo muy interesante para ellos, al objeto de conseguir el aumento de los flujos comerciales y el mejoramiento de las comunicaciones interregionales. En consecuencia, al concretarse y acentuarse los límites y confines, se pudo controlar más eficazmente la producción, los circuitos comerciales, los transportes y los mercados, pese, incluso, a la mayor amplitud de los espacios. Ello supuso un estímulo muy fuerte para la sociedad criolla —muy especialmente el sector de los comerciantes, fuertemente atrincherados en los Consulados de comercio— que por ello fomenta en la medida de sus posibilidades todas aquellas instituciones españolas que se consideraban especialmente útiles para el desarrollo de sus intereses. Esta actitud fue típica-

(34) Pedro Vives Azancot, tanto en su tesis de licenciatura en lo que planeó los términos del análisis metodológico básico de la Historia regional, cuanto en su importante tesis doctoral: *El confín norteño del Río de la Plata: Asunción en el último cuarto del siglo XVIII*. Madrid, 1980. Edit. de la Univ. Complutense. Depto. de Hist. de América.

mente extensa conforme creció la incomunicación y el aislamiento con la España peninsular, fenómeno como se sabe de signo creciente e inexorable a partir de la muerte de Carlos III, del ascenso político del favorito Manuel Godoy, la guerra de Independencia y el bloqueo atlántico producido por la flota inglesa, ya inexorable a partir de Trafalgar, la reconstrucción del absolutismo y consiguiente derogación de los acuerdos de gobierno y de la Constitución de Cádiz, así como todos los posteriores acontecimientos políticos. Este aislamiento e incomunicación creciente, produjo una mayor y más intensa peculiarización y, en definitiva, la formalización de un importante regionalismo, que constituye, sin duda, un fenómeno de extrema importancia para la comprensión de la realidad hispanoamericana, tanto en lo referente al proceso mismo de la Independencia, cuanto en lo relativo a la orientación de los modelos políticos nacionales.

Uno de los factores que acentuó más eficazmente el proceso regionalizador radicó en la colaboración directa e intervención eficaz de los diputados americanos en las Cortes de Cádiz, pues en tal ocasión —el primer diálogo político de carácter crítico entre representantes provinciales y regionales españoles y americanos— al establecerse los supuestos constitucionales de bases territoriales y planteamientos políticos, no dejaron de ponerse de manifiesto las fuertes diferencias geohistóricas y territoriales, así como las sociales y económicas, tanto entre los distintos núcleos peninsulares y americanos como, naturalmente, entre las distintas zonas y regiones componentes del gigantesco continente americano. Y como inevitable consecuencia, la urgente necesidad de arbitrar soluciones adecuadas a las necesidades peculiares de cada una de ellas. En definitiva, por todas las vías de actividad, preocupación e intelección, la noción según la cual lo autóctono (o auténtico), lo telúrico (o lo propio), implicaba una poderosa profundización regionalista, se fue poco a poco perdiendo, para cargar la intencionalidad y la insis-

tencia sobre lo que habría de ser el gran tema del nacionalismo hispanoamericano: el problema de la identidad.

Este problema coincidió con una larga serie de variables disociadoras, que impidieron la cristalización efectiva del sentimiento nacional o, al menos, tuvieron mayor intensidad e influencia que aquellas otras que pueden considerarse promotoras de las coherencias. Por ello, la primera generación nacionalista hispanoamericana (1820-1845), se caracteriza por la preeminencia del conflicto múltiple, de manifestación simultáneamente social, político, ideológico y cultural, que otorgó a esa época generacional una característica inestabilidad e incoherencia, que algunos autores han considerado como expresión del nacionalismo criollo catastrófico (35), que acarreó desilusiones, fragmentaciones, violencias, vacíos de poder, luchas regionales, rupturas de confederaciones. Efectivamente, se trata de una época de contradicciones explosivas, en la que los conflictos aparentan carecer de solución, los choques sociales fueron constantes, las crisis económicas permanentes (36). La etapa se caracteriza por una larga y densa serie de frustraciones colectivas que, efectivamente, impidieron la maduración de las instancias de identidad nacional. Sin que tampoco se produjeran iniciativas individuales que fueran capaces de conseguir galvanizar los sentimientos profundos comunitarios, tanto porque sus tentativas para conseguir una acción sobre las fuerzas económicas fueron perfectamente inútiles, como por la realidad insoslayable de que las fuerzas sociales se identificaron con los intereses de los caciques o grandes señores de la tierra —que fueron los principales hombres de Estado— y cuyos intereses o

(35) Pierre Chaunu. *L'Amérique et les Amériques*. Paris, 1964. A. Colin. Coll. «Destins du Monde».

(36) Una síntesis histórica magistral de la época en la obra de Tulio Halperin Donghi: *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid, 1969. Alianza Editorial, cap. III, pp. 134-206.

ambiciones políticas tendían a fomentar la inestabilidad y el caos (37). No existe nada que retrate mejor semejante situación —desde la cual debe comprenderse este primer nacionalismo criollo— que el artículo escrito en 1829 por Simón Bolívar, titulado «Una mirada sobre la América española» (38). En rigor, la organización de la convivencia política nacional se efectuó, en Hispanoamérica, en condiciones extremadamente precarias, debido, básicamente, a la ausencia total de Estado y de hombres de Estado y, en consecuencia, con la ausencia casi absoluta de seguridad y de orden.

(37) Cfr. Antonio Gómez Robledo, *Idea y experiencia de América*. México-Buenos Aires, 1958, F.C.E.

(38) Escrito en Quito y publicado, sin firma, en un periódico ecuatoriano. En la compilación de *Obras Completas* de Simón Bolívar, realizada por V. Lecuna. La Habana, 1947, vol. II, pp. 1299-1305, tomada de la obra de Blanco y Azpurúa, tomo XIII, p. 493.